

ESTALLÓ LA PASION

Apenas el rey supo el peligro en que se hallaba la condesa, dió orden de partir. Aquella misma noche la armada se puso en camino; se componia de seis mil caballos, diez mil arqueros y sesenta mil infantes. Pero, á la mitad del camino, el rey no pudo soportar la lentitud con que marchaban, y escogiendo mil jinetes de entre los mas valientes caballeros, se puso con Guillermo de Montaigu á la cabeza de esta tropa, y dando el ejemplo, metió espuelas á su corcel.

Un poco antes del día, Guillermo encontró el cadáver del escocés y los dos bueyes. Una hora despues, y cuando los primeros rayos del sol empezaban á aparecer, descubrieron desde una eminencia el castillo y sus cercanías; pero, segun Guillermo habia previsto, los Escoceses no habian esperado á Eduardo, y durante la noche, David Bruce habia

levantado el sitio y se habia retirado con sus tropas.

Apenas llegaron á la explanada, cuando por los movimientos que se operaban en las murallas, Guillermo de Montaigu vió que habian sido reconocidos; en consecuencia, Eduardo y él pusieron sus caballos al galope, y acompañados de veinte y cinco caballeros solamente, atravesaron todo lo que fué campo enemigo.

Resonaron mil gritos de alegría, y en el momento en que bajaban de sus corceles, la gran puerta del castillo se abrió, y la condesa de Salisbury, espléndidamente vestida, mas bella que nunca, vino ante el rey y dobló una rodilla para darle gracias por su socorro; mas Eduardo la levantó al instante, y sin poder hablarla (tantas eran las cosas que pensaba y que no se atrevia á decirle), se colocó dulcemente á su lado, y los dos entraron en el castillo cogidos de la mano. La condesa de Salisbury condujo ella misma al rey en el suntuoso alojamiento que le habia hecho preparar de antemano; pero á pesar de todo el esmero y de sus excesivos cuidados, el rey continuaba guardando el mismo silencio; solamente él la miraba tan continua y ardientemente, que avergonzada Alicia, púsose encarnada cual una amapola, y retiró dulcemente su mano de entre las del rey; Eduardo lanzó un suspiro, y fué á apoyarse pensativo y silencioso contra el quicio de una ventana. La condesa, aprovechándose al punto de esta libertad para ir á saludar á los otros caballeros, y dar algunas órdenes relativas al desayuno, salió de la cámara y dejó al rey solo.

Ella encontró á Guillermo, que se estaba infor-

mando de los detalles que precedieron á la partida de las huestes enemigas. El escocés habia sin duda cumplido fielmente su mensaje; porque á eso de las diez de la mañana, los ñei castillo habian visto operarse un gran movimiento en el campamento; ellos habian corrido al instante á las murallas, creyendo sin duda que iban á ser atacados, ó que el enemigo iba á intentar un nuevo asalto; pero pronto reconocieron que aquellos preparativos se dirigian á otro objeto; entonces comprendieron que los Escoceses tenian noticias de los socorros que esperaban, y que sin duda se disponian á la pelea. Efectivamente, hácia las doce, la armada se habia puesto en marcha, y pasando por delante la puerta principal del castillo, habia tomado un desfiladero que conducia á la espalda rio. Los sitiados habian hecho gran ruido con las del trompetas y los timbales; pero David Bruce no habia querido escuchar este llamamiento guerrero, y poco despues, la armada escocesa se habia perdido completamente de vista.

La condesa aproximóse á Guillermo, y unió sus felicitaciones á las de los caballeros, porque aunque imprudente y arrojado, el jóven gobernador habia llevado su empresa á cabo de un modo honroso y valiente. Ella le invitó á que viniese á sentarse á la mesa con los demás convidados, mas Guillermo lo rehusó pretextando hallarse sumamente fatigado. El pretexto era bastante justo; y por lo tanto su bella tía no insistió mas, y se retiró á la sala donde se preparaba el desayuno.

El rey aun no habia aparecido en ella: Alicia mandó tocar al trompetero de mesa, para dar la señal de que los convidados se lavasen las manos antes

de comer; empero esto fué inútil, porque el rey no pareció, y la condesa tomó el partido de ir ella misma á buscarle. Alicia le encontró en el mismo sitio donde le habia dejado, siempre inmóvil, silencioso y pensativo, con los ojos fijos en la llanura que él miraba, pero que no veia; la condesa se aproximó á él. Eduardo la sintió venir, dió un suspiro, y extendió sus brazos; Alicia cogió una mano real para besarla, mas Eduardo la retiró, y la levantó, apoyándola en su seno. La condesa sonrojóse de nuevo, y mas confusa aun con este silencio, que con la mas animada conversacion, decidióse á interrumpirlo.

— Mi querido señor, dijo, ella, sonriéndose, ¿ qué motivos teneis para hallaros tan pensativo? sin duda alguna debeis estar muy preocupado. Vamos, monseñor, dad treguas á vuestros bélicos pensamientos y venid conmigo; todos os esperan y desean vuestra presencia.

— Encantadora Alicia, no me obligueis á que asista á ese desayuno, porque, sin duda alguna, tendréis en mí un triste convidado. Sí, teneis razon, habia venido con pensamientos guerreros, pero la vista de este castillo ha despertado en mi corazon otros bien distintos; pero, tan profundos, que por mas que hago no puedo desecharlos.

— Venid, monseñor, venid, dijo Alicia; entre las alegrías y festejos de vuestros cortesanos, quizá, podais, monseñor, desechar esos pensamientos que, segun vos mismo confesais, son hijos de estos momentos. Dios, como lo veis, os ha hecho el mas temible de todos los principes cristianos. A vuestra llegada han huido los enemigos, y su entrada en vuestro reino ha sido vergonzosa para ellos, porque

han salido de una manera tan cobarde. Vamos, monseñor, desechad de vos esos temores, esas ideas, y venid á la sala del almuerzo.

— Me habia equivocado, señora, continuó el rey, siempre inmóvil y devorando á Alicia con sus miradas; sí, me habia engañado, porque, al deciros que la vista de este castillo me habia hecho nacer en el corazon esos pensamientos que me preocupan, habia dicho mal; lo que ha hecho este castillo es despertarlos, porque aunque yo los creia ya extinguidos, no estaban sino dormidos. Estos pensamientos son los mismos que me absorbian hace cuatro años, cuando Roberto de Artois entró en el comedor del palacio de Westminster conduciendo aquella garza fatal, sobre la que cada cual hizo un juramento. ¡Oh! cuando yo pronuncié el de conquistar á la Francia, ¡cuán lejos estaba de pensar de que vos habíais de cumplir el vuestro, antes que yo el mio! porque no es una conquista á la Francia la que yo he hecho todavía, mientras que vos, es un lazo eterno é indisoluble el que habeis contraido...

— Permitidme os recuerde, monseñor, que este matrimonio se ha llevado á efecto por vuestro mandato; y la prueba es, que vos añadisteis el título de conde, al marqués de Salisbury, tan luego como se conformó con vuestra orden.

— Sí, sí, dijo Eduardo, sonriéndose: cometí esa locura; no sabia entonces que habia de llegar un día en que habia de arrepentirme de ese acto, y que, en vez de haberle tratado como á un traidor, le trataba como á un amigo fiel y leal.

— No olvideis, monseñor, interrumpió Alicia, que ese hombre á quien apellidais ahora traidor,

está en este momento prisionero, por vuestra causa, en el Chatelet de Paris. Perdonad, si me atrevo á recordároslo; pero lo íbais olvidando, y ya veo que su ausencia os ha hecho olvidar lo útil que os era en vuestro consejo y en vuestra armada.

—¿A qué me recordais el consejo y la armada, bella Alicia? ¿de qué me sirve el reino, de qué la guerra? yo soy un desgraciado, porque á pesar de lo que os he dicho, creéis aun que mi preocupacion la originan esas cosas. No, Alicia, esas me hubieran sido importantes tal vez ayer, ayer sí, porque no os habia visto, pero hoy...

Alicia dió un paso atrás, el rey extendió la mano hácia ella, pero sin atreverse á tocarla. No obstante, aquella acción lo detuvo.

— Hoy, continuó Eduardo, ¿en quién quereis que yo piense sino en vos?... ¿en vos, á quien encuentro cada vez mas hermosa?... en vos, á la que amo triste y solitariamente hace cuatro años, no obstante los esfuerzos que he hecho por olvidaros. Mas no, en mi palacio, bajo mi tienda, en medio de la pelea, mi espíritu estaba en Inglaterra, mi corazon en vos. ¡Oh! ¡Alicia! ¡Alicia! cuando uno llega á amar de un modo semejante, necesita ser correspondido, ó morir para siempre.

— ¡Oh! ¡monseñor! exclamó la condesa palideciendo, monseñor, sois mi rey, mi huésped, ¿os he permitido abusar así de vuestro doble poder y de vuestro doble título? Vos, un príncipe tan grande, un caballero tan noble... No, es imposible... ¡vos no habeis podido concebir la idea de deshorrar al hombre que llamais amigo, sobre todo cuando ese hombre os ha servido tan valerosamente, que por vuestra

causa se halla prisionero de guerra en Francia! ¡Oh! monseñor, tal accion seria una vil cobardía; y cuando sucediera, que alguna vez yo pudiese amar á otro hombre que no fuera al conde, entonces, señor, vos debíais castigarme rigurosamente, para dar ejemplo de lealtad á las mujeres cuyos maridos son leales al rey.

A estas palabras Alicia dió un paso atrás; mas el rey se abalanzó hácia ella, y la detuvo por un brazo... en el mismo instante levantóse la cortina de la puerta, y apareció Guillermo de Montaigu.

— Monseñor, dijo, con la calma mas expresiva, como donde está el rey no hay mas jefes ni gobernadores que él, atendido á que todo castillo ó fortaleza es suya, tened la bondad de dar la consigna de esta noche, porque mientras que permanezcáis en Warck, sois vos el que respondeis al conde de Salisbury de la vida y del honor de todos los que habitan este castillo.

Una chispa de cólera, que no hizo mas que relumbrar y apagarse, cruzó por los ojos del rey: su frente se puso severa, y su vista se encaminó á la tapicería, que tan á propósito se habia levantado, como si tratara de interrogarla cuánto tiempo hacia que estaba ocultando á Guillermo. Mas pronto calmóse en unos términos, que contestó al jóven gobernador con una voz tan perfectamente tranquila, que era imposible descubrir en ella la menor alteracion:

— Es verdad, gobernador, la consigna para esta noche será « *lealtad*, » y que nadie la olvide. Id á trasmitirla á los jefes y volved á encontrarnos en la mesa, pues, tengo mil órdenes que daros, porque mañana parto.

Al concluir estas palabras, y mientras que Guillermo se inclinaba en señal de respeto y obediencia, Eduardo ofreció respetuosamente su mano á la condesa, temblorosa y muda.

— Señora, dijo, bajando los primeros escalones que daban á la estancia, donde se iba á efectuar el almuerzo, soy un hombre muy desgraciado; tengo sobre mí todo el cuidado de un reino, dos guerras mortales que sostener, y un corazon cuyo dolor pasado es el luto del presente. Yo esperaba que fuérais la fúlgida antorcha que me iluminara en mi vida, y no sois mas que la lámpara mortuoria que alumbrará mis últimos restos... Mañana parto, señora: ¿cuándo os volveré á ver?

— Señor, la ausencia de mi marido me obliga á vivir retirada: la ausencia es una semimuerte y un semiduelo.

— Pero es que en Windsor habrá fiestas reales, en celebracion de la fundacion de la capilla de San Jorge. ¿Quién será la reina del torneo?

— Señor, yo tendria infinito placer en ello, si mi marido me llevase.

— ¿Y si no os lleva?

— No iré.

Eduardo y la condesa entraron silenciosos en la sala del convite, y cada cual se sentó en el sitio que debia ocupar. Empero, el desayuno fué triste, porque el rey estaba callado, y ninguno se atrevió á interrumpir su silencio: en cuanto á Alicia, no se atrevia á levantar los ojos, porque conocía instintivamente que las miradas del rey estaban fijas sobre ella; todos los caballeros atribuian la tristeza de Eduardo á la retirada que habian hecho los Escoceses; mas otra

era la causa de su eterno silencio: aquel amor que tan fuertemente oprimía su corazón y le reducía al último extremo.

Hacia el fin del almuerzo, Guillermo de Montaigu entró, aproximóse á Eduardo, y viendo que este, siempre pensativo, no hacía el menor alto á su presencia, le dijo:

— Señor, la consigna está dada; vuelvo á ponerme á vuestras reales órdenes.

— Está bien, dijo Eduardo, levantando lentamente la cabeza; sois tan diestro mensajero, que voy á encargáros de una nueva comisión. Disponéos á encontrar á la armada escocesa y á entregar unos pliegos á David Bruce, su rey; id á mi cuadra y escoged el mejor caballo que os parezca, y decid á mis pajes, que os entreguen mis mejores armas.

— Señor, yo tengo mi caballo de batalla ligero, cual un águila, una espada y un puñal de un temple maravilloso.

— Bien, id á prepararos.

Guillermo salió.

— ¿La señora condesa me permitirá que escriba en su presencia?

La condesa hizo un gesto á un paje, que presentó á Eduardo un pergamino, tinta, una pluma, cera y un hilo de seda encarnada para liar el legajo.

Luego que Eduardo escribió, cogió la misiva y se la presentó á la condesa. Esta la leyó con una emoción creciente; despues, á los últimos renglones, cayó á los piés de Eduardo; porque aquella carta ofrecía á David Bruce el canjeo del conde de Murray por el conde de Salisbury.

Eduardo, al ver el agradecimiento de la condesa,

entristeciése mas; pues, conoció que aquel era todo el afecto que debía esperar de ella; cogióla y levantóla del suelo, y volvió la cabeza á un lado para no mirarla; sus ojos se encontraron con Guillermo de Montaigu, listo y armado para partir.

Entónces él dobló el pergamino, lo lió con el hilo de seda encarnada, y quitándose el anillo real, selló la chapa de cera que envolvía al nudo; extendiólo á Guillermo y le dijo:

— Tomad, en Londres os espero de vuelta de vuestra misión, y allí os armaremos caballero, en premio de vuestros leales servicios.

Guillermo partió al mismo instante, y á los seis días llegó á Sterling, donde encontró al rey David Bruce. Al punto se hizo conducir á su presencia. Guillermo Douglas estaba á su lado. El joven gobernador dobló una rodilla, y presentó sus despachos á David. Este los leyó con una satisfacción notable, y pasó á su cámara para contestar.

Guillermo de Montaigu y Guillermo Douglas quedaron solos. Aquellos dos jóvenes, que empezaban una carrera rival de gloria y caballerismo, se miraron mutuamente sin hablar una sola palabra: Guillermo Douglas fué el primero que rompió el silencio.

— Vos habeis sabido, yo no sé cómo, dijo á su joven enemigo, que quería romper con vos una lanza ante el castillo de Warek, en presencia de la hermosa Alicia y del noble rey David.

— Sí, en efecto, contestó sonriéndose Montaigu, lo supe y os mandé la contestación. Pero vos no quisisteis esperarme. La partida me era muy agradable y...

— Pues bien, señalad hora, y elegid armas.

— Mi carácter de embajador no me lo permite; pero si quereis, el duelo tendrá efecto en Windsor, en las fiestas que prepara el rey. Las condiciones del combate serán las de todos.

— Pero, caballero, yo no puedo asistir, estamos en guerra y...

— Mi mision es de proponer una tregua.

— Entonces no hay mas que hablar, no faltaré á la cita.

Entonces apareció David Bruce, y le entregó la contestacion para Eduardo III; él la cogió, y cuando ya iba á desaparecer por la puerta de entrada, se volvió á su futuro adversario.

— Con que en Windsor, dijo Guillermo de Montaignu.

— En Windsor, contestó Guillermo Douglas.

El jóven embajador salió, marchó á su alojamiento, y al dia siguiente partió para Londres. No obstante, como el castillo de Warek estaba en la travesía, se detuvo en él un dia, mas no pudo ver á la condesa.

XXXIII

UNA MUJER DE VALOR.

Al volver á Londres, Eduardo habia encontrado un mensaje de la condesa de Montfort, en el que reclamaba la promesa que le habia hecho á su marido, al recibir el juramento de homenaje.

En consecuencia, Eduardo llamó á su fiel compañero Gualtero de Mauny, y le ordenó que se embarcase sin retardo con un cuerpo de ejército respetable y seis mil arqueros, y partiera para la Bretaña.

Embarcáronse al momento; pero el viento fué tan contrario, que estuvieron en la mar sesenta dias, durante los cuales se empeoraron los asuntos de la condesa de Montfort.

Carlos de Blois, despues de haber tomado á Nantes y enviado á Paris á su enemigo, Juan de Montfort, creyó haber ganado la partida. Mas pronto se cercioró de que lo mas peligroso del asunto aun le quedaba que tocar. La condesa estaba en Rennes.

Tenia, como hemos dicho, un corazón de héroe en el pecho de mujer; porque, en vez de llorar á su marido, á quien creía muerto, juró vengarle: de consiguiente, hizo repicar las campanas, convocó al pueblo y á los soldados, y apareció en el balcón, teniendo á su hijo en los brazos. Una y otro fueron acogidos con vivas y aclamaciones. Esta demostración redobló su valor; entonces cogió á su hijo, y levantándolo en brazos, gritó:

— ¡Señores! ¡señores! valor, ved á mi hijo que se llama Juan, como su padre, y que será tan valiente como él; hemos perdido al conde, pero le vengaremos.

Al mismo tiempo arrojó infinitos puñados de monedas al populacho, que las recogió gritando: .

— ¡Venganza! ¡venganza!

Entonces la condesa, viéndolos dispuestos á defenderse, nombró por gobernador á Guillermo de Cadoudal, y recorrió todas las fortalezas y castillos, repartiendo el valor y sus dineros. Después, tranquila y esperanzada, se retiró á la ciudad de Hennebon, que estaba bien fortificada, á esperar los socorros de Inglaterra.

Durante este tiempo, los señores franceses, conducidos por Carlos de Blois, y teniendo á Luis de España por general, después de haber dejado buena guarnición en Nantes, habían venido á poner sitio á la ciudad de Rennes. Mas si estaba bien atacada, también estaba bien defendida. No obstante, los vecinos echaron sus cálculos y contaron sus intereses, y determinaron entregar la ciudad, sin que lo supiera el gobernador. Enseguida fueron al castillo, y aprisionaron á Guillermo de Cadoudal; después en-

viaron diputados á Carlos de Blois, con la sola condición de que los partidarios de la condesa de Montfort pudieran retirarse sanos y salvos. El tratado era muy ventajoso para que Carlos de Blois lo rehusara. Los mensajeros volvieron á la ciudad, proclamaron la capitulación hecha, y ofrecieron á Guillermo de Cadoudal una gran recompensa, si pasaba al partido francés. Mas el noble breton rehusó, no exigiendo á los traidores vendidos más que sus armas y su caballo. Después, se puso á la cabeza de los pocos valientes que le habían seguido, y marchó á Hennebon á anunciar á la condesa, que la ciudad de Rennes estaba en poder de sus enemigos.

Por su parte, los Franceses, que tenían al conde en su poder, pensaron que podían conquistar también á la condesa y á su hijo, y entonces ya estaba concluida la guerra. Enseguida marcharon hacia Hennebon, y una mañana, el 16 de Mayo, se oyeron los centinelas de las murallas, dar la voz de alarma.

La causa de este movimiento era porque la armada francesa apareció en el horizonte.

La condesa tenía á su lado al obispo de Leon de Bretaña, á su sobrino sir Herbey, que ya había defendido á Nantes, los caballeros de Treseguidy y de Landernau, al gobernador de Guingamp, á los hermanos Kerriec, á los caballeros Enrique y Oliveros de Pennefort y otros caballeros valientes y de alta alcurnia. Todos, á esta señal de guerra, corrieron á las murallas, mientras que la condesa, en medio de un repique general de campanas, recorría toda la ciudad, armada como un hombre y montada sobre un caballo de batalla.

Luego que los Franceses se aproximaron como á

un tiro de piedra de las murallas, levantaron sus tiendas y enarbolaron la bandera de sitio. Dos veces intentaron el asalto, y otras tantas tuvieron que retroceder, dejando un sin número de muertos y heridos al pié de las murallas.

Viendo los señores franceses que este modo de combatir les era tan desastroso, abandonaron todas las tiendas, y todos unidos atacaron á la ciudad; luego que la condesa, que estaba subida en una torre para juzgar del ataque y defensa de su pueblo, vió que todos los señores franceses habian, como hemos dicho, abandonado sus tiendas para aproximarse á las murallas, bajó de la torre, montó en su caballo, y acompañada de trescientos hombres, salió por una puerta, que aun no estaba atacada. La condesa dió, un rodeo, y llegó por detrás á sorprender las tiendas de los Franceses, que no se hallaban guardadas sino por pajes y escuderos, los cuales huyeron al momento. Entonces los caballeros bretones, que llevaba cada uno una tea encendida, la arrojaron en medio del campamento y prendieron fuego á las tiendas de los Franceses. Entonces, estos, cuando vieron la gran humareda y oyeron los gritos de « traicion, traicion, » que daban los fugitivos, abandonaron al instante el asalto para hacer cara á este inesperado ataque, y se precipitaron sobre la condesa y sus gentes, que huían hácia Auray, porque la condesa habia pensado que, una vez descubierta, le seria imposible volver á Hennebon. De nada sirvió la presteza y el aceleramiento que el mariscal Luis de España y sus quinientos jinetes hicieron para dar caza á los fugitivos, porque la condesa llegó sana y salva al castillo de Auray, cons-

truido por el rey Arturo, y en el que habia una buena guarnicion.

Aquella misma noche la condesa, á pesar de hallarse sitiada por los Franceses, pero conociendo que su presencia era indispensable en Hennebon para reanimar á los sitiados, partió en silencio, acompañada de cinco guerreros solamente, y llegó á la ciudad en el mismo momento en que ya el valor empezaba á decaer entre los Bretones.

Los Franceses decidieron, viendo que no adelantaban nada, dividir la armada en dos mitades, la una mandada por monseñor Carlos de Blois, que iria á tomar á Auray, y la otra bajo el mando de Luis de España, que debia permanecer ante Hennebon, siguiendo el bloqueo hasta que llegaran las máquinas de guerra. A los ocho dias llegaron estas, y al instante los Franceses levantaron sus baterías é hicieron caer sobre la ciudad una lluvia de piedras, que no solamente despachurraban á los que iban por las calles, sino que devastaban las casas y hundian los techos. Entonces, aquel gran valor que los sitiados habian mostrado empezó á flaquear, y el obispo de Leon, que en su calidad de eclesiástico no tenia vocacion para la guerra, empezó á aconsejar á los vecinos, que era mas prudente entablar una capitulacion, que continuar en defender una causa, contra la cual se rebelaba un señor tan poderoso, cual el rey de Francia. Tal fué el resfriamiento esparcido por el obispo, que hasta los mas decididos querian rendirse en el momento. Toda la noche se pasó en discusiones de una parte y otra, pero, al amanecer, la condesa, que habia ido á la torre para recoger á su hijo y huir, asomóse á una ventana y vió la mar toda

cubierta de bajeles. A esta vista, dió un grito de alegría, corrió al balcón de palacio, y gritó al pueblo y á los soldados :

— Mis valientes, nada de capitulacion; ahí están ya los socorros que esperábamos, subid á las murallas y mirad al mar.

En efecto, apenas aquella multitud apercibiera la flota, compuesta de mas de noventa navíos, cuando quisieron arrastrar al obispo de Leon, el cual conociendo que habia hecho una tontuna, tuvo á bien el escapar de la ciudad montado en un borrico, y disfrazado de carbonero.

En cuanto á la condesa, desde que vió los bajeles en el puerto, corrió á buscar á los caballeros, y ella misma en persona los condujo á sus respectivos alojamientos. Cada cual hizo á su huésped los mayores agasajos, y la condesa los convidó á comer. Gualtero de Mauny, que era tan galante con las damas como terrible con sus enemigos, aceptó el ofrecimiento, y la condesa, por su parte, tan coqueta como mujer, tan valerosa como guerrera, hizo á los caballeros los honores de la mesa y pronunció un elocuente discurso, dándoles gracias por los socorros que les traian y por lo mucho que esperaba de su pericia y valor. Despues de la comida, la condesa condujo á sus convidados á la torre, desde la cual se descubria todo el campamento francés; los sitiadores continuaban haciendo caer sobre la ciudad la lluvia de piedras que ofrecia un terrible espectáculo. Así la condesa no pudo verlo sin derramar algunas lágrimas. Gualtero de Mauny comprendió cuánto era su dolor, y celoso de mostrarse lo mas pronto posible digno de la hospitalidad

que habia recibido, exclamó, dirigiéndose á los caballeros bretones é ingleses :

— ¿No teneis vosotros, señores, tanto deseo como yo de salir á destruir esas máquinas, que tanto daño nos están causando?

Todos los caballeros acogieron con alegría esta proposicion, y se retiraron para prepararse á la pelea; pero la condesa quiso ella misma armar á Gualtero de Mauny, lo que el jóven caballero aceptó, no poco sorprendido, al ver que la condesa era tan hábil, en la ciencia de las armas, como el mas noble paje ó el mas sabio escudero.

Luego que estuvieron listos los caballeros, escogieron trescientos arqueros de entre los mas diestros, y se hicieron abrir la puerta mas próxima á donde estaban las máquinas; apenas fué abierta, cuando los arqueros salieron por ella, y se esparcieron por el campamento disparando sus flechas con su acostumbrada certeza, de tal modo, que los mas inmediatos de los que guardaban las máquinas, quedaron muertos en el acto, atravesados por las agudas flechas de los arqueros ingleses; tras estos venian los caballeros, que con hacha en mano, empezaron á destruir las máquinas, mientras que sus escuderos, amontonando junto á ellas toda clase de combustibles, las pegaron fuego; despues, penetraron hasta las mismas trincheras del campamento de los Franceses, que ni aun tuvieron tiempo para prepararse á la defensa, é hicieron una horrible carnicería, mientras que las espantosas máquinas se reducian á cenizas.

Esto era todo lo que deseaban los caballeros bretones é ingleses; así es que, cuando vieron que los

Franceses se aprestaban á la defensa, tocaron á retirada, y poniendo sus caballos al galope, entraron en la ciudad, haciendo un ataque en retirada, para dar tiempo á sus arqueros, esparcidos por el campamento, á que entrasen en Hennebon; no obstante, los Franceses quisieron aun seguirlos, pero era tal la lluvia de flechas que caía sobre ellos, que tuvieron que retroceder, dejando en el campamento una multitud de hombres y de caballos. Entonces, los Bretones y los Ingleses entraron tranquilamente tras las barreras, donde hallaron á la condesa, que los fué abrazando, á unos tras otros y dándoles, gracias por el heroico socorro que acababan de prestarle.

Aquella misma noche, viendo los sitiadores que á causa del refuerzo que habian recibido sus enemigos les seria imposible el tomar la ciudad, reunieron su consejo, y decidieron levantar el sitio é ir á encontrar á monseñor Carlos de Blois, para participarle la destruccion de las máquinas y la nulidad de sus esfuerzos: al amanecer del dia siguiente recogieron su bagajes y desfilaron hácia la derecha, acompañados de una salva de gritos y voces por parte de los Bretones é Ingleses, que se burlaban de ellos desde las murallas.

Cuando llegaron ante el castillo de Auray, encontraron á Carlos de Blois, y le contaron lo que les habia sucedido; por lo que habian juzgado oportuno levantar el sitio: monseñor de Blois los excusó, y los mandó que fueran á sitiar á la ciudad de Bignam, que aun pertenecía á la condesa.

Luis de España se puso en camino con su ejército, y al segundo dia de marcha se encontró con el castillo de Conquest, una de las mejores posesiones del

conde de Monfort, teniendo por gobernador á un caballero de Lombardia, valiente y decidido guerrero, llamado Mansion. Luis de España no quiso pasar ante una guarnicion bretona, sin medir con ella sus fuerzas, y tratar, si podia, de tomar la revancha de su derrota; en consecuencia, mandó hacer alto, y empezó á hacer sus disposiciones para un asalto; por su parte, los del castillo hicieron sus preparativos y se aprestaron tambien al combate, y luego que vinieron á las manos, se defendieron tan maravillosamente, que llegó la noche antes que los sitiadores hubieran podido conquistar algo; mesir Luis hizo entonces tocar á retirada, y se situó con toda su armada al rededor de la fortaleza.

Como el castillo de Conquest estaba á muy pocas leguas de Hennebon, la noticia llegó pronto á Gualtero de Mauny de lo que pasaba bajo sus murallas; el jóven caballero reunió entonces á sus amigos, y les encomió lo valeroso que era, y el buen renombre que añadiría á su carrera militar, el ir á atacar á mesir Luis de España, y obligarle á levantar el sitio. Todos aceptaron con entusiasmo esta proposicion gloriosa, y partieron aquella misma noche y cabalgaron con tanta velocidad, que, á la mañana del dia siguiente, llegaron á la fortaleza. Empero, ya era tarde, el castillo habia sido tomado la víspera, y la guarnicion habia sido degollada; en cuanto á Luis de España, habia continuado su camino hácia Bignam, dejando en Conquest un gobernador y sesenta guerreros para defenderlo. El objeto de la empresa habia salido, pues fallido, y, por consiguiente, los Ingleses trataron de volver á Hennebon, pero Gualtero de Mauny declaró que él no habia venido de tan le-

jos para no hacer nada, y sin saber antes qué clase de gentes guarnecian el castillo. En consecuencia, dió la vuelta á la fortaleza, y apercibiendo, la brecha por la cual Luis de España habia entrado la víspera, y que la nueva guarnicion no habia aun cerrado, bajó de su caballo, invitó á sus compañeros á hacer otro tanto, y penetraron por la brecha con espada en mano; por su parte los Franceses se adelantaron para defender a, pero no igualaban en número á sus contrarios, y al cabo de una hora de combate, los sitiados fueron derrotados. En cuanto á los pocos que quedaron vivos, fueron degollados en el acto, y aquella misma noche se volvieron á Hennebon, dejando la fortaleza sin otra guardia que los cadáveres de sus dos guarniciones.

Al volver á Hennebon, Gualtero de Mauny encontró al conde Roberto de Artois, mandando un nuevo ejército que el rey Eduardo enviaba á Bretaña para sostener la guerra contra Felipe de Valois; que, á su pesar, se habia visto obligado á interrumpir en Flandes.

XXXIV

EL TORNEO

Entretanto, Eduardo se ocupaba en cumplir, con la misma religion que con la condesa de Montfort, la promesa que habia hecho á la bella Alicia de Grafton. El resultado de la embajada de Guillermo de Montaigu fué el tratado de una tregua de dos años entre él y el rey David; y una de las condiciones de esta tregua fué la vuelta á Inglaterra, del conde de Salisbury. El rey David ofició al momento á Felipe de Valois, el cual accedió á los deseos de su aliado, y á fines de Mayo, cuando Gualtero hacia en Bretaña las hazañas que acabamos de contar, el rey de Francia expidió un pasaporte al conde de Salisbury para que volviese á Inglaterra cuando quisiera.

Harto costara á Eduardo el haber llamado al conde, y sus celos no le permitieron concederle, ni aun el tiempo preciso para que se detuviese en el